

sacerdotes y los magistrados conmovieron el pueblo, sino tambien lo persuadieron, le hicieron entrar en sus ideas, en sus sentimientos, en su odio y en su furor... No solo persuadieron un pueblo, sino pueblos; á las diferentes tropas de los diversos cuarteles de la ciudad, y tambien á las diferentes ciudades y pueblos del país; y todos conspiraron con una tal unanimidad, que no hubo ni uno solo que reclamase, contradijese ó se separase. No solo les persuadieron á pedir la libertad de Barrabás, con preferencia de la de Jesús, sino tambien á hacer perecer á Jesús mismo; á pedir que fuese entregado á la muerte, que fuese exterminado, y á no retirarse hasta que hubiesen conseguido el efecto de su peticion. No se han visto jamás cambios semejantes de ideas, semejantes repéntinas revoluciones de sentimientos, y un semejante furor, sino contra Jesucristo, sino contra sus discípulos... Pueblo desventurado, hé aquí dónde te ha traído la negligencia en aprovecharte de las instrucciones de tu Salvador, tu complacencia en escuchar maestros que tú mismo despreciaste al principio, cuya envidia y malignidad conociste, y cuyos sentimientos adoptas ahora para consumir un delito que ellos no hubieran podido cumplir sin tí.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¡cuántas veces he tenido yo la desgracia de preferir el mundo y el demonio á Vos, ó Jesús mio! ¡Cuál ha sido mi ceguedad y cuánto debo indignarme contra mí mismo! Volved á llamar á Vos, ó Dios mio, este mi corazón, que no habria debido jamás huir de Vos: no permitais que jamás os ponga en paralelo con la criatura. Amen.

MEDITACION CCCXXV.

EL PUEBLO PIDE QUE SEA LIBRADO BARRABÁS, Y JESÚS CRUCIFICADO.

(Math. xxvii, 21-23; Marc. xv, 12-14; Luc. xxiii, 18-23; Joan. xviii, 40).

Meditemos aquí tres diferentes preguntas que Pilato hace al pueblo, y tres respuestas que el pueblo da á Pilato.

PUNTO I.

Primera pregunta de Pilato, y respuesta del pueblo.

Habiendo Pilato despedido al enviado de su mujer, y habiendo sin duda hecho decir que él tomaba (como se creía) todas las me-

didadas para llegar á la conclusion que ella deseaba, continuó á dar la eleccion al pueblo entre Jesús y Barrabás... «Y respondiendo el «presidente, les dijo: ¿Á cuál de los dos quereis que os ponga en «libertad?... Y todo el pueblo junto exclamó: Quita (*del mundo*) á «este, y danos libre á Barrabás...»

1.º *Preferencia insensata en el pueblo, é infinitamente humillante para Jesús, por cuatro circunstancias...* 1.ª *La diferencia de las personas...* Barrabás era un sedicioso, un homicida, un ladron. Jesús era el autor de la vida, el santo y justo por excelencia. Si el pueblo no tenia de él un conocimiento tan perfecto, sabia á lo menos que habia sido arrestado solo por envidia, que contra él no se citaba algun hecho que tuviese la mas mínima verisimilitud, que en él no se habia visto otra cosa que virtudes y milagros, que habia sido siempre mirado como un Profeta, y que él mismo lo habia recibido en triunfo seis dias antes como al Hijo de David, al Mesías esperado...

2.ª *Los gritos con que el pueblo se explica...* No es una eleccion pacífica la que se hace, no son voces tímidas las que se oyen, y en las que se vean embarazo, inquietud y respeto humano: son sí gritos gallardos y sediciosos, que se levantan con fuerza y con furor... 3.ª *La unanimidad de los votos...* «Todo el pueblo junto exclamó...» Todo aquel gran pueblo se reunió; todos gritaron, y de comun acuerdo se oyó una sola voz, un mismo sentimiento y una misma peticion, sin disparidad de opiniones y sin diversidad de sentimientos... 4.ª *El odio que fue el principio de esta preferencia...* Barrabás no era ciertamente amado; cualquiera otro que Jesús, puesto en competencia con él, habria sido preferido; pero Jesús era aborrecido, y todos estaban resueltos á hacerlo morir. Por esto el pueblo no se contuvo dentro de los límites de sus derechos, usurpó el que no tenia, no se contentó con pedir la libertad de Barrabás, sino que pidió que se exterminase, que se hiciese morir á Jesús. ¡Qué mudanza, qué ceguedad, qué frenesí! ¿Cuáles eran entonces vuestros afectos, ó divino Salvador, para con este pueblo ingrato y pérfido? Eran afectos de compasion, de celo y de la mas ardiente caridad; los mismos que habeis inspirado á vuestros Mártires que se han visto como Vos, y por vuestra causa, el objeto del odio y de la pública execracion, y los mismos que inspirais á vuestros fieles siervos, cuando por amor vuestro oyen que la envidia, el libertinaje ó la herejía alzan contra ellos la voz, y excitan los gritos de un pueblo engañado, que desea y pide á ciegas su destruccion.

2.º *Preferencia renovada cada dia de cuatro suertes de personas...*

1.^a *De los impíos*, que prefieren los falsos vislumbres de una ciega razon, ó mas frecuentemente de un libertino como ellos, á toda la revelacion de Jesucristo y á las luces puras del Evangelio... 2.^a *De los herejes*, que prefieren un novator, un sedicioso, un hombre rebelde á la Iglesia, á aquel que Jesucristo ha establecido su Vicario sobre la tierra y á todos los pastores legitimos unidos á él, con los cuales Jesucristo ha prometido estar hasta la consumacion de los siglos... 3.^a *De los mundanos*, los cuales prefieren el mundo á Jesucristo, y las leyes del mundo á las del Evangelio... 4.^a *De los pecadores*, los cuales prefieren su pasion, sus placeres y su satisfaccion á Jesucristo... Y todos estos de comun acuerdo exclaman... «Qui-
«ta del mundo á este...» Esto no procede de que ellos amen aque-
llo á que dan la preferencia. El impío comprende muy bien lo fri-
volo de sus razonamientos, y detesta en su corazon las abominacio-
nes de sus conductores, bien que los imite. El hereje conoce muy
bien la falsedad de su secta y el oprobio de las cabezas á que está
sujeto. El mundano sabe á las veces censurar la injusticia del mun-
do que él ha escogido por maestro, sus caprichos, su corrupeion,
su mala fe, sus traiciones. El pecador no cesa de lamentarse de la
tiranía de las pasiones que lo señorean y de la rebellion de una car-
ne que no ha querido vencer y poner en sujecion; pero todos per-
sisten en la eleccion insensata que han hecho, y en ella persisten
por odio contra Jesucristo. Aborrecen al santo y al justo, aborre-
cen la santidad, la pureza de sus leyes, aborrecen un Dios pobre,
despojado de todo, un Dios paciente y humillado. Aman una vida
injusta y sensual, una vida de tumulto y frágil, y aborrecen al Au-
tor de una vida santa en este mundo, y de una vida gloriosa, de-
liciosa y eterna en el otro. ¡Oh imprudente eleccion! ¡oh preferen-
cia insensata! ¿Cómo, pues, he podido yo hacerme culpable de una
tal locura? ¿Querré aun por ventura caer en ella? ¡Oh divino Jesús!
sostenedme, yo prefiero vuestra palabra y la simplicidad de mi fe á
toda la ciencia de los hombres, prefiero vuestra santidad, vuestra
mortificacion, vuestras humillaciones y vuestros sufrimientos á to-
das las grandezas y á todas las delicias del mundo.

PUNTO II.

Segunda pregunta de Pilato, y respuesta del pueblo.

1.^o *Pregunta de Pilato*... «Y Pilato habló nuevamente á ellos,
«deseoso de librar á Jesús... y les dijo: Pues ¿qué quereis que ha-

«ga del Rey de los judíos?... de Jesús llamado el Cristo?...» Se
echa de ver en estas palabras de Pilato la consternacion en que lo
puso la primera respuesta de los judíos, que ciertamente no espera-
ba. Vió sus medidas desconcertadas y desvanecidas sus esperanzas,
y su política está en sumo apuro. Ya no sabe á qué partido acoger-
se: consulta la voluntad de aquellos que deben obedecer á la suya
para decidir la suerte de un acusado que él reconoce inocente; to-
ma el parecer de sus conjurados y de sus acusadores, y se somete
á la ley de aquellos á quienes él debe darla. Respeta los nombres
de Cristo y de Rey: Dios lo quiere así para gloria de su Hijo; pe-
ro este juez, indigno por su cobardía y debilidad, hace traicion á
estos augustos nombres, y no lo respetará el pueblo... ¡Ah! Pilato,
¿tú no sabes qué hacer de Jesús? Dámelo; y yo sé lo que tengo de
hacer de él... Pero no: no es necesario que me lo des tú; me lo ha
dado su Padre, y él mismo se ha dado á mí. ¿Qué haré yo de Je-
sús? Lo ofreceré cada dia como la víctima de propiciacion por mis
pecados, lo haré mediador de mi reconciliacion con Dios. Por él da-
ré gracias á Dios de los beneficios que de él he recibido, y en su
nombre pediré todas las gracias que necesito. Haré de él las delicias
de mi corazon, mi alimento y mi bebida; la consolacion de mi des-
tierto, el apoyo y la felicidad de mi vida, el modelo de mi conduc-
ta y de mis acciones. Haré de él mi amor, mi esperanza y mi salud,
mi Salvador, mi Dios y mi todo... «¿Qué quereis (dices tú) que yo ha-
«ga de Jesús?...» ¡Ah! sobre esto sabré yo bien consultar mi obli-
gacion, y no la voluntad de los hombres ó las costumbres del mun-
do. Yo le tributaré mis mas profundos homenajes, le haré reinar
sobre mí mismo, sobre todos mis sentidos, sobre todas las potencias
de mi alma, le haré reinar en cuanto podré sobre todos aquellos
que dependen de mí, y extenderé en cuanto me será posible su rei-
no... *El es llamado el Cristo*, y yo llamado cristiano. Soy suyo por
todos los titulos, lo seguiré, lo imitaré, y no lo abandonaré hasta
que haya colocado, como ha prometido, á su siervo con él en la ha-
bitacion de la gloria.

3.^o *Respuesta del pueblo*... «Dijeron todos: Sea crucificado... Y
«ellos gritaban mas: Crucificalo, crucificalo...» Hé aquí finalmente
la palabra decisiva, tan deseada de las cabezas del pueblo, preorde-
nada tantos siglos antes del Padre eterno, anunciada de los Profe-
tas, indicada de Jesucristo desde el principio de su predicacion, y
claramente predicha cuando partia para Jerusalem, y cuando un tal
cumplimiento parecia tener tan poca verisimilitud, que los Apósto-

les no pudieron comprender lo que les decía. Hé aquí esta palabra pronunciada de todo el pueblo, teniendo sus cabezas, sus magistrados y sus pontífices á la frente, y pidiendo á grandes gritos que Jesús, su Mesías y su Rey, sea crucificado. ¿Quién jamás habria imaginado que las cosas debiesen llegar á este punto? Con todo eso han llegado á él, y en él durarán y se mantendrán. No le valdrá á Pilato buscar efugios, y poner por obra todas las industrias de su política; la palabra se ha dado, será ejecutada, Jesús será crucificado... Y si el Cristo debe ser crucificado, ¿qué cosa debe ser el cristiano sino crucificado, para ser semejante á su divino Maestro, para reinar con él? Porque... «los que son de Cristo han crucificado «su carne con los vicios y con las concupiscencias¹.» Debo, pues, pronunciar contra mí mismo esta palabra de salud. Mi cuerpo se lamenta, pide reposo, huye el trabajo... *Sea crucificado...* Mi carne se rebela, la concupiscencia se deja sentir, los vicios se manifiestan y quieren reinar, todo esto... *Sea crucificado...* Un afecto desreglado de amor, de orgullo, de odio, de antipatía, de venganza, de maledicencia se subleva en mi corazón... *Sea crucificado...* La persecución me asalta, la calumnia me desacredita, la enfermedad me oprime; yo me presentaré á mis enemigos, y gritaré á cada uno de ellos: hé aquí el que vosotros buskais... *Crucificadlo... crucificadlo...* Para esto he nacido, por esto soy cristiano; en esto consiste mi felicidad y mi gloria, pues que por esto solo puedo imitar á mi Salvador, y merecer reinar eternamente con él. ¡Ah! ¡cuán afortunado seria yo si estuviese crucificado al mundo y á mí mismo! Entonces seria cristiano y perteneceria verdaderamente á Jesucristo.

PUNTO III.

Tercera pregunta de Pilato, y respuesta del pueblo.

1.º *Pregunta de Pilato...* «Y él les dijo por la tercera vez: Pues ¿qué mal ha hecho este? No encuentro en él delito alguno de muerte: lo castigaré, pues, y lo libraré...» Observemos aquí 1.º *La conducta siempre débil de Pilato*, el cual, lejos de mostrar algun vigor y fuerza, siempre se debilita mas. Obliga á los enemigos de Jesús al silencio, y por esto á una tácita confesion de su inocencia: los delitos de Barrabás son graves, notorios y probados, y contra Jesús no se produce algun hecho; se presentan solo acusaciones indeterminadas, sin fundamento, sin pruebas y sin testigos. No obstante, á pesar

¹ I Cor. v, 24.

de una inocencia tan pura, Pilato vuelve al primer expediente, que ya habia propuesto, de hacer castigar á Jesús y librarlo. Con esto recae en su primera contradiccion de hacer castigar á un inocente. Propone este medio, y tambien lo pone en ejecucion, sin asegurarse si el pueblo se contentará con él. No reflexiona que siendo los azotes un suplicio que ordinariamente se hace padecer á los que están condenados á la cruz, el hacerlo padecer á Jesucristo es prepararlo para la cruz, y no para librarlo. Finalmente Pilato se desmiente á sí mismo, y debilita el testimonio que habia dado á la inocencia de Jesús; porque habia dicho desde el principio que no hallaba en él algun delito; y ahora restringe su testimonio, diciendo que no halla en él delito alguno que merezca la muerte; ¿y qué es lo que encuentra en él que merezca castigo? 2.º *La inocencia de Jesús...* «*Pero ¿qué mal ha hecho este?*» ¡Ah! antes bien, ¿qué bien no ha hecho él? ¿No ha pasado toda su vida en enseñar, en predicar, en edificar, en aliviar á todos los miserables, y en dar la sanidad á los enfermos? ¿Quién jamás ha recurrido á él que haya sido desechado, y no haya vuelto consolado, aliviado y sano? *Pero ¿qué mal ha hecho este?* Con su celo, con sus virtudes, con sus milagros se ha ganado el amor, la veneracion y la confianza de los pueblos, ha merecido su estimacion, y no han podido negarle sus elogios. Hé aquí su delito, hé aquí lo que ha llenado de celos el corazón de sus enemigos, lo que ha hecho ponerlo todo por obra para desacreditarlo, é intentar tantas calumnias para hacer cambiar de sentimiento al pueblo, y revolver contra él mismo su favor... No hagamos, pues, caudal alguno de nuestra inocencia en el tribunal de los hombres, no esperemos en este mundo otro reconocimiento que el que se ha mostrado á Jesucristo; y este pensamiento, lejos de aflojar nuestro celo nos anime, y no nos impida la ingratitud de los hombres el sacrificarnos á su servicio y por su salvacion... 3.º *El misterio de la inocencia de Jesucristo.* Jesús era inocente, la inocencia y la santidad misma, y nosotros éramos pecadores: él se habia cargado de nuestros pecados, sobre él habia puesto Dios nuestras iniquidades, y él solo podia llevarlas, expiarlas, borrarlas, y merecernos la gracia de una perfecta reconciliacion con Dios. Hé aquí el misterio escondido en Dios que los Profetas¹ han anunciado, que los Apóstoles nos han explicado², que los príncipes de este mundo no han conocido, que toda la sabiduría de los filósofos no habria jamás imaginado, para conciliar la justicia y la misericordia de Dios. Misterio que la filosofía no puede comprender aun, si no sujeta

¹ Isai. LIII, 6. — ² I Cor. II, 8.

las luces débiles de su razon á las sublimes de la fe y del Evangelio. Ahora toca á nosotros, que conocemos este misterio, conformarnos con Jesucristo, unirnos á él, sufrir con él en paz y en silencio las injusticias, las calumnias, los ultrajes, los tormentos y la muerte. Guardémonos de lamentarnos y de preguntar. Pero ¿qué mal he hecho yo? Respondamos: ¿y qué mal habia hecho Jesús?... Por manifiesta que sea nuestra inocencia delante de los hombres, pensemos que somos pecadores delante de Dios, que todas las penas de este mundo son nada en comparacion de las que hemos merecido, que sin Jesucristo deberíamos sufrir penas mayores, porque seríamos siempre esclavos del pecado, y que somos muy felices y muy honrados en poder á este precio participar de la redencion de Jesucristo para tener parte en el cielo de su gloria... ¡Ah! ¡qué reconocimiento no le debemos! Si su amor por nosotros lo ha sujetado á tantos suplicios, nuestro amor por él ¿no nos dará valor para sufrir los que hemos merecido?

2.º *Respuesta del pueblo...* «Mas ellos insistian pidiendo á grandes gritos que fuese crucificado... Sea crucificado... y crecian mas sus clamores...» ¡Oh gritos insensatos de un pueblo ciego é infeliz! la sabiduría de Dios sabrá haceros servir á la gloria de Jesús y á nuestra redencion: seréis recompensados con las voces de salud y de bendicion que hará sentir la Iglesia triunfante en el cielo, y la Iglesia militante sobre la tierra. No pasará mucho tiempo sin que mas de cien mil israelitas señalados sobre la frente con la señal de la cruz, y librados de la tribulacion, y una turba innumerable de todas las naciones del mundo se una al coro de los Ángeles para cantar eternamente las alabanzas de Dios y de el Cordero que murió por ellos ¹.

Peticion y coloquio.

Uno mi voz, ó Salvador mio, á la de vuestra Iglesia para cantar vuestra cruz, vuestro amor, vuestro triunfo y vuestra gloria, hasta que libre tambien de la tribulacion de esta vida, despues de haber estado con Vos crucificado, me pueda unir con vuestros Santos y con los Ángeles para alabaros y daros las gracias por toda la eternidad. Amen.

¹ Apoc. vii, 4.

MEDITACION CCCXXVI.

EL PUEBLO HACE Á PILATO PREVARICADOR.

(Matth. xxvii, 24, 25; Luc. xxiii, 24, 25).

Observemos: 1.º la vana ceremonia que usa Pilato; 2.º la terrible imprecacion de los judíos contra sí mismos; 3.º la prevaricacion de Pilato.

PUNTO I.

Vana ceremonia de Pilato.

1.º *De la accion de Pilato...* «Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecia mas el alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Yo estoy inocente de la sangre de este Justo; allá os lo veais vosotros... tocará á vosotros responder por ella...» Ó sea que Pilato haya copiado de los judíos esta ceremonia, ó que ella hubiese estado en uso entre los gentiles, se comprende muy bien á qué fin se lava él las manos. Esta accion justifica á Jesús, pero no justifica á Pilato. Se ve este Juez declarar públicamente la perfecta inocencia de Jesucristo. No dice ya, como arriba, que no halla en él algun delito digno de muerte, ni como antes que no halla en él algun delito, sino le da absolutamente y sin restriccion el nombre de justo, que expresa no solo su inocencia, sino tambien su santidad y la union de todas las virtudes. Se lo habia tambien indicado debajo de este nombre su mujer, y él mismo solamente por lo que habia visto en él no podia negarle este testimonio. Lo da delante de todo el pueblo, y lo acompaña con una ceremonia capaz de hacer impresion sobre todos los espíritus, y de perpetuar su testimonio de generacion en generacion... Admirémos aquí la Providencia, y alegrémonos de la gloria que de esto resulta al nombre de Jesús. Con esta misma accion pretendió Pilato declarar que él estaba exento del delito que se cometia en derramar la sangre del Justo; pero extrañamente se engañaba en esto. La ceremonia que hacia no podia tener este significado, pues haciéndola no detesta lo pasado, ni piensa en repararlo; y luego despues de haberla hecho, continúa en el mismo tenor, y aun hace mas con dar él mismo las órdenes necesarias para que sea derramada la sangre de este Justo. ¿Cómo, pues, con todo esto se cree él inocente? ¿No ve que el testimonio que da á Jesucristo, no obstante la ceremonia con que lo acompaña, se revuelve enteramente contra él mismo?

¡Ay de mí! ¡cuántos pecadores entre nosotros se ciegan de este modo! Apliquemos lo que hemos dicho ahora á la confesión que se hace antes de la comunión; apliquémoslo al agua bendita, de que todos se sirven al entrar en la iglesia: con esto damos testimonio á la divina Eucaristía y á la santidad de la casa de Dios; pero ¿nos purgamos de nuestros pecados? ¿Recuperamos la inocencia? El testimonio que damos ¿no se revuelve contra nosotros mismos?

2.º *Del discurso de Pilato...* «Yo estoy inocente, pensad vosotros en esto...» Sin duda toca á ellos el pensar en esto. Pero tú, Pilato, ¿no tendrás también que responder de la sangre de este Justo? Ellos son culpados en querer la muerte de Jesús, que han tenido tiempo de conocer mejor que tú; y en pedirla con tanto furor y con tanta rabia son culpados en solicitarte, en darte prisa, en hacerte una especie de violencia, y en ponerte cuási en la necesidad de derramar la sangre inocente; pero tú, ¿no eres tú también sumamente reo en concederles una petición de que conoces la injusticia, y que eres dueño de negarla? Tú cedes á su importunidad; tú empleas por ellos tu ministerio; te sirves de tu autoridad para consumir su delito, no obstante las reprensiones de tu conciencia, las luces de tu espíritu, y los avisos de tu virtuosa esposa. ¿Y tú te glorias aun de ser inocente?... Reflexionemos sobre nosotros mismos. ¡Cuántos entre nosotros ó se creen, ó se dicen inocentes, y son acaso mas culpados que el mismo Pilato! ¡Oh y qué industriosos somos en echar sobre los otros nuestras propias culpas, y en pronunciar sobre nuestra propia inocencia! Si nos dejamos transportar á impaciencias, á cóleras, á quejas, á ódios, á murmuraciones, á palabras de ultraje, ¿confesamos acaso haber tenido culpa? ¿No decimos por ventura que nos han dado ocasion los otros? Como si la virtud pudiese practicarse de otro modo que en las ocasiones. Los mayores delitos ¿no se excusan acaso con la misma facilidad por aquellos que los cometen? Las injusticias, los hurtos, las destemplanzas, la impureza, el olvido de Dios, la indevoción, la irreligion, las blasfemias, la negligencia de las propias obligaciones, la calumnia, la venganza: ¿quién hay que se condene en todos estos pecados, y se reconozca culpable sin buscar excusas? Se echa la culpa sobre el mundo, sobre los malos ejemplos, sobre los usos, sobre las pasiones, sobre la Providencia, y sobre Dios mismo. Entre tanto se continúa á vivir sin remordimiento; y si algunos no se declaran del todo inocentes, viven por lo menos así tranquilamente como si lo fueran. ¿Pero qué? ¿Será así el juicio que de estas cosas hará Dios?

Prevenamos, pues, su juicio, juzgándonos nosotros mismos, y persuadiéndonos bien que el pecado de los hombres no borra el nuestro. ¡Ah! estoy muy léjos, ó Dios mio, de ser inocente. Cada uno de mis pecados me hace reo, y culpado de toda la sangre de Jesucristo, pues que él la ha derramado por borrarlos, y yo he tenido la desventura de pecar despues que él la derramó.

PUNTO II.

Terrible imprecacion de los judíos contra si mismos.

«Y respondiéndolo todo el pueblo dijo: Su sangre (*sea*) sobre nosotros, y sobre nuestros hijos...»

1.º *¿Con qué espíritu dijeron los judíos estas palabras?...* Con un espíritu de furor y de impiedad... Con estas palabras los judíos se sujetaban ellos mismos y toda su posteridad al anatema y á todo el rigor de las venganzas del cielo. Con tal que se hiciese morir á Jesús, se cargaban de todas las consecuencias y de todos los castigos que podria merecer esta muerte; consentian en correr todos los riesgos, y en cuanto dependia de ellos, descargaban al juez que temia por sí mismo. ¡Qué furor! ¡qué frenesí! Un juez pagano tiembla en el punto de condenar á Jesús, teme tirar sobre sí la cólera del cielo por una tan injusta condenacion, y los judíos, adoradores del verdadero Dios, por obtener esta condenacion injusta, afrontan el peligro; presentan atrevidamente sus cabezas, y con ellas sus hijos y todos sus descendientes para siempre. ¿Creen acaso estos impíos que no hay un Dios en el cielo para castigarlos? ¡Ah! ya por mas de diez y siete siglos ve con espanto el universo este pueblo errante y disperso sobre la tierra llevar consigo las señales de su reprobacion, y anunciar por todas partes que él está reducido á tan miserable estado por haber hecho morir al Autor de la vida, al Mesías y al Hijo de Dios. Los judíos, pues, cuales nosotros los vemos ya por tantos siglos, son una prueba viva é irrefragable de la verdad de la religion cristiana. Deben también servir de ejemplo á los libertinos que se hallan en el Cristianismo, ya que estos son espíritus fuertes por su audacia en blasfemar de Jesucristo, y por su intrepidez en afrontar todas sus amenazas, en exponerse á las consecuencias de su sangre profanada, y en arriesgarse á los peligros de la eternidad. Pongan estos los ojos sobre los judíos. Aquellos fueron también espíritus fuertes. Pero al ver su posteridad comprendan

que ninguno se burla de Dios impunemente, ni alguno provoca su cólera sin experimentar bien presto los efectos.

2.º *¿Con qué sentimientos debemos nosotros repetir estas palabras?* Con sentimientos de una fe viva, de un profundo respeto, de un tierno reconocimiento, de un amor ardiente, y de una total confianza... ¡Oh sangre adorable y divina derramada por mi salvacion, caed sobre mí para lavarme, para purificarme, para santificarme! Desde mi nacimiento á este mundo, vuestra Iglesia, ó Jesús, me recibió entre sus brazos; ella me ha señalado con vuestra sangre preciosa, y me ha puesto en el número de sus hijos. Luego que tuve la desgracia de manchar la vestidura de la inocencia, de que me había vestido, encontré en esta sangre preciosa un baño saludable que ha lavado y limpiado todas las inmundicias de mi alma, y cada vez que á él recurro, su divina y perenne virtud siempre mas me santifica... Aun mas... Vos habeis querido que esta sangre adorable se derramase por mí, y delante de mis ojos, sobre vuestro altar, y que yo la ofreciese en sacrificio á vuestro Padre por mis pecados... Aun mas... Vos me habeis mandado beberla, sustentarme de ella, hacerla correr por mis venas, para vivir solo de vuestra vida, estar animado solo de vuestro espíritu, y ser enteramente transformado en Vos... ¡Oh caridad inefable, hacedme digno de tantos beneficios, y enseñadme á servirme de ellos para vuestra gloria y para mi salud! Sangre adorable, caed sobre nosotros todos para salvarnos; caed sobre los impíos para ablandarlos y enternecerlos; sobre los herejes para volverlos otra vez á la Iglesia; sobre los gentiles para iluminarlos, y sobre los judíos para convertirlos; para que reunidos todos en la misma fe y en la misma esperanza reinemos con Vos y por Vos en la misma caridad que subsistirá eternamente.

PUNTO III.

Prevaricacion de Pilato.

«Y Pilato, queriendo contentar al pueblo... decretó que fuese ejecutada su peticion. Y les soltó al que por sedicion y homicidio había sido puesto en prision, que era el que pedian... y habiendo hecho azotar á Jesús, lo entregó... y abandonó á Jesús á su voluntad... para ser crucificado...»

1.º *Ejemplo de prevaricacion en Pilato...* ¿Cómo fue el llegar Pilato á este exceso de injusticia y de prevaricacion? ¡Ah! se había vanamente lisonjeado de poder conciliar en sí mismo dos voluntades

opuestas, la una de salvar á Jesús, y la otra de contentar al pueblo... Consideremos, pues, en Pilato... 1.º *La voluntad de librar á Jesús...* Esta voluntad era sincera, y aun tambien ardiente y eficaz, era justa, y para él de una estrecha obligacion; él lo comprendia muy bien; era tambien fácil de ejecutarse; la cosa dependia solo de él; él era el dueño y señor absoluto, y si la hubiera ejecutado con resolucion y firmeza luego desde el principio el pueblo lo hubiera aplaudido. ¿Por qué, pues, no lo hizo? Porque con la voluntad de cumplir su obligacion tenia otra opuesta á su deber; y en vez de renunciar á esta, quiso conciliarla con la primera, y esta fue la causa de su prevaricacion... 2.º *La voluntad de contentar el pueblo...* Pilato quiso desde el principio tomar sus medidas con los cabezas; entre tanto los cabezas engañaron al pueblo, y Pilato entonces creyó deber satisfacer al pueblo... Se lisonjeó que podria con la paciencia y con la política obtener el conciliar juntamente los intereses de Jesús y de sus enemigos, de la inocencia y de la cábala, de la obligacion y de la complacencia... ¡Ah! ¡qué engaño! ¿Qué no hizo él para esto? ¿Á qué vileza no llegó? ¿Qué violencia no hizo él á su carácter naturalmente fiero, arrogante é inflexible? ¿Cuántas veces no olvidó lo que debia á sí mismo y á la majestad del emperador romano?... 3.º *El éxito de sus esfuerzos...* Todo acabó con conceder cuanto queria el pueblo. Cuanto menos firme era el juez, tanto mas se amotinaba el pueblo; con cuanta mayor circunspeccion hablaba el juez al pueblo, con tanto mayor furor gritaba el pueblo. Por esto el juez se vió obligado á abandonar á Jesús á la voluntad del pueblo, á los azotes y á la cruz, y á abandonarse á sí mismo contra sus luces, contra los avisos de su esposa, y contra sus remordimientos á un exceso de injusticia y de crueldad que desde el principio le habria hecho horror, y de que no se hubiera creído poder ser culpable... El compendio de su conducta está comprendido en estas pocas palabras... «Deseoso de librar á Jesús... queriendo contentar al pueblo... viendo que nada aprovechaba, antes bien se hacia mayor el tumulto...» Pilato hizo aun despues algunas nuevas diligencias para enternecer aquellos bárbaros corazones; pero fueron inútiles como las primeras, como veremos.

2.º *Aplicacion de este ejemplo...* 1.º *Á nuestra exterior conducta...* Á nosotros no nos pertenece dar lecciones á nuestros superiores; á aquellos que la Providencia ha constituido en dignidad para gobernarlos y juzgarlos. Si por suerte fuésemos la víctima de la malva-

¹ Con tal carácter lo pinta Filon.

da política de algunos entre ellos, á nosotros tocara imitar el silencio de Jesucristo y su obediencia á las órdenes de Dios su Padre; pero sirva de provecho para nosotros el ejemplo de Pilato. Nosotros entramos en el mundo llenos de buena voluntad, de buenas intenciones. Nada queremos hacer contra nuestra conciencia y contra nuestra salvacion. Hasta aquí todo va bien, pero examinémonos seriamente, y veamos si con esta voluntad no tenemos otra de agradar al mundo; si esta segunda voluntad no sirve de contrapeso y de contraste á la primera; si no tenemos en mira el conciliar la una con la otra, omitiendo en alguna parte la severidad de la obligacion por complacer al mundo y no ofenderlo... Persuadámonos bien que si damos lugar á conciliacion estamos perdidos. Nosotros mismos, pero ya muy tarde, caeremos en la cuenta de que la union de la propia obligacion y de la complacencia es imposible. ¿Queremos, pues, mantenernos y merecer tambien los elogios del mundo? Aprendamos á resistirle y á desagradarle cuando la ocasion se presente; nuestros sentimientos ni le sean ocultos ni equívocos; declarémonos francamente en favor de la virtud, de la justicia, de la caridad, de la religion, de la fe, de la sumision á la Iglesia, de la piedad y de la propia obligacion. Cuando el mundo nos verá resueltos, ya no tendremos que temer de su parte ni gritos ni tumulto. 2.º *Aplicacion de este ejemplo á nuestra conducta interna...* Todos tenemos en nosotros mismos una especie de estado que gobernar, un estado agitado de facciones dividido por diferentes intereses; sujeto á sediciones y á rebeliones, y donde lo que hay de mas vil, mas ciego y mas despreciable hace continuos esfuerzos para tenerlo todo sujeto á sí, y dar la ley... ¡Ay de mí! ¡cuántos gimen al ver que en sí mismos todo está en consternacion y en el mas horrible desórden! Se lamentan que no son ya los señores ni dueños de sí, que las pasiones los arrastran á los placeres, y les hacen hacer cosas que ellos detestan, de que se avergüenzan, y de que se arrepienten. ¿De dónde, pues, procede esto? Procede de no haber sabido desde el principio mandar, hacerse temer y obedecer. ¿Queremos nosotros volver á poner las cosas en órden? Ejercitemos un imperio absoluto, y seamos inexorables; declaremos á nuestro cuerpo que de él no queremos otra cosa que servicio, trabajo, práctica de penitencia, y jamás placer alguno. Intimemos á nuestro corazon la ley de Dios, y sofoquemos desde su nacimiento todo deseo que no sea conforme á ella. No permitamos á nuestro espíritu sino pensamientos útiles, ni otro conocimiento que el de la Religion y el de nuestras obligaciones. Ponga-

mos un freno á nuestra lengua, un velo sobre nuestros ojos, y un tapon á nuestras orejas. Consultemos todos los dias nuestra conciencia, y ejecútense luego al punto sus órdenes; y el primero de nuestros sentidos que excitare la mas mínima rebelion, ó hiciere sentir el mas mínimo ruido, sea luego al punto severamente castigado; y entonces volverán la calma y la tranquilidad, y gozaremos delante del Señor una paz profunda, y la abundancia de los bienes del cielo.

Peticion y coloquio.

¡Ah! concededme, ó Señor, las gracia de cumplir estas santas prácticas con fidelidad, para que por medio de la servidumbre y dependencia de mis sentidos, y de la mortificacion de mi carne, por medio de la sumision de mi espíritu á vuestra santa voluntad, y por medio de una perfecta confianza de mi corazon en vuestras misericordias, llegue á la gloria y á la felicidad que Vos me preparais. Amen.

MEDITACION CCCXXVII.

JESÚS SE SUJETA Á PADECER EL SUPPLICIO DE LOS AZOTES.

(Math. xxvii. 26; Marc. xv. 15; Joan. xix. 1).

1.º Del rigor de este suplicio; 2.º por qué haya querido el Salvador sufrir tanto, pudiendo rescatarnos con muchos menores tormentos; 3.º de los sentimientos que ha inspirado á los cristianos el suplicio de los azotes del Salvador.

PUNTO I.

Del rigor de este suplicio.

«Entonces, pues, cogió Pilato á Jesús, y lo azotó...»

1.º *Supplicio cruel por sí mismo...* La ley de los judíos¹ prohibia dar mas de cuarenta golpes, y aun no se daban sino treinta y nueve²; pero entre los romanos no era limitado el número. Entre los judíos el paciente estaba postrado ó inclinado; entre los romanos estaba derecho, en pié, pegado á una columna que él abrazaba con las manos atadas con correas al otro lado de la misma, y con los piés unidos y pegados á lo bajo de ella. Los cuatro soldados que debian crucificar al paciente, cuando debia ser crucificado, estaban tambien encargados de esta ceremonia. Los azotes se daban con varas, con correas, ó con cuerdas; y tal vez estos instrumentos remataban en nudos, ó estaban armados de garfios de hierro y puntas bien ajusta-

¹ Deut. xxv. 3. — ² II Cor. xi. 24.